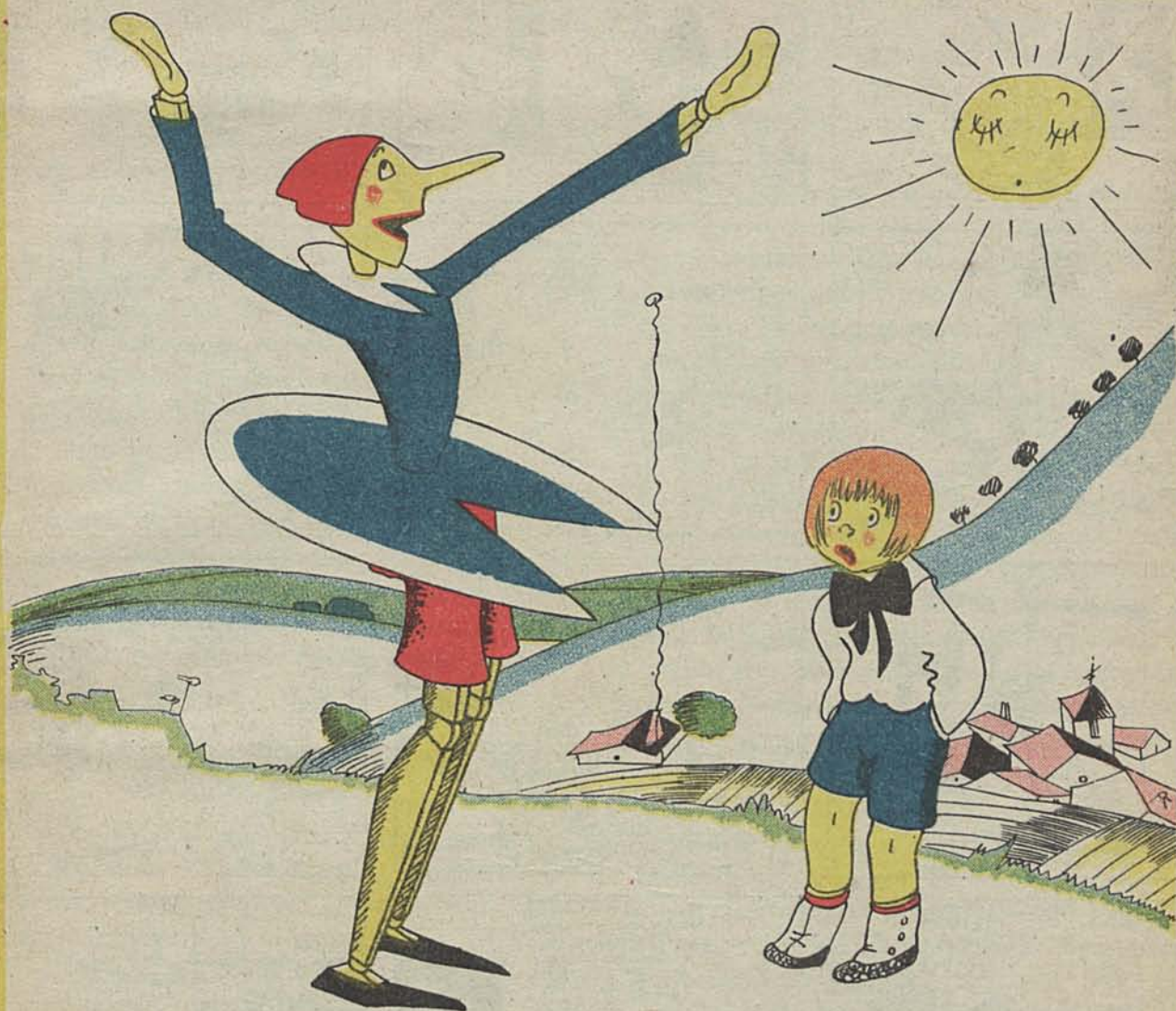


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 306

25 cts

28 DICIEMBRE  
1930

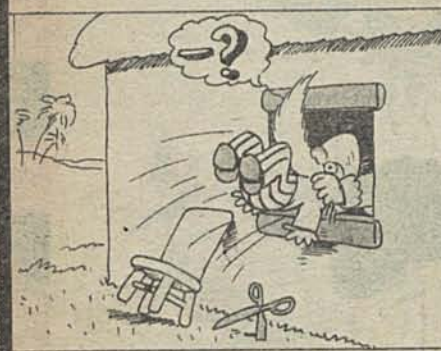
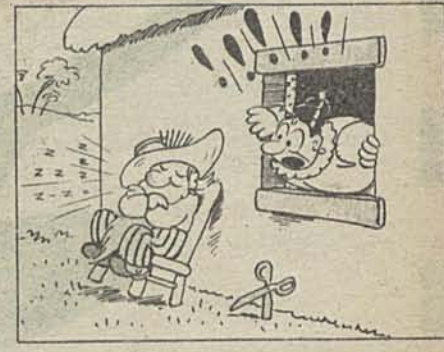
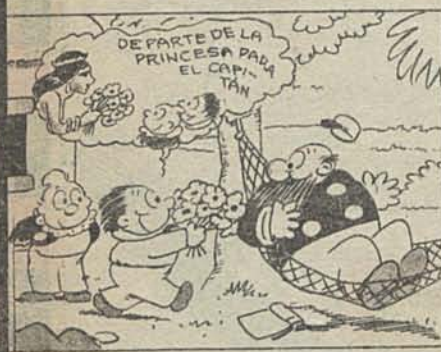


- ¡PERO COLORÍN! ¿NO TE AVERGÜENZAS DE HACER SIEMPRE EL NÚMERO TREINTA EN EL COLEGIO?  
- ¡AHORA HAGO YA EL TREINTA Y UNO, PORQUE AYER VIÑO UN CHICO NUEVO A CLASE!

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRICIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—¿Sois todos buenos nadadores?

—Mi hermano y yo, sí.

—¿Y vos, gambusino?

—También.

—¡Pues procurad conservar secas las armas y las municiones, y adelantel

Los cuatro hombres metieron en los sacos de viaje los vestidos y las mantas, se sujetaron alrededor de la cabeza los fusiles, las municiones y las mechas de *ocote*, encendieron la segunda lámpara de seguridad, y bajaron hasta las orillas del tenebroso lago, cuyas aguas agitadísimas subían a ojos vistas.

De todas partes, y hasta de la galería que los fugitivos acababan de recorrer, precipitábase torrentes de agua negra saturada de polvo de carbón, los cuales producían al caer en el «Mar Muerto» un fragor tal, que los cuatro hombres no podían entenderse.

El *indian-agent*, que llevaba sobre la cabeza la lámpara más llena, nadó con ímpetu hacia el frente, hasta que tuvo que dar un pequeño rodeo para evitar que las aguas, al romperse en una roca que cerraba el paso, le mojaran el rifle y las municiones.

Los otros le habían seguido, espantados de aquel incesante retumbar que estremecía hasta en sus cimientos las montañas.

El último iba *Nube Roja*, llevando sobre la espalda a *Mínnehaha*.

Acostumbrado el indio a atravesar los gigantescos ríos de la América del Norte, no parecía que le embarazaran mucho su hija ni el bagaje que llevaba encima.

John avanzaba con rapidez, manteniendo en alto la lámpara de seguridad; detrás iba Jorge, y y más lejos Harris, que llevaba la segunda lámpara para alumbrar al *gambusino*.

Las aguas de aquel estanque, que debía de ser profundísimo, estaban extremadamente frías e impregnadas de polvo de carbón.

Por fortuna, las agitaciones de aquellas aguas estaban sólo en la superficie, y eran producidas por los torrentes que desembocaban en la laguna.

¡Ay de los pobres fugitivos si aquel pequeño mar hubiera tenido oleaje! Los cuatro desgraciados habrían corrido el peligro de que se les apagara la lámpara, y entonces, sin luz que los guiara, su muerte hubiera sido segura.

Aquella fatigosa travesía duró unos veinte minutos, siempre entre un continuo tronar y un pavoroso retemblor.

Al fin llegó John a tocar una orilla, que parecía más tranquila que la otra, aunque el viento rizaba de vez en cuando las aguas.

—¿Ha concluido el baño?—preguntó Harris después de haber ayudado a salir del lago a *Nube Roja*, desembarazándole de *Mínnehaha*.

—Espero haber alcanzado tierra cerca del pasaje que conduce al borde del abismo. Siento que el aire me azota la cara. ¿Se han mojado vuestras armas?

—No—contestaron todos.

—Ahora veremos el medio de salir de esta caverna.

—¡Parecemos cuatro negros!—dijo Jorge—. ¡Si los indios nos encontraran ahora, huirían horrorizados de nosotros!

—¡No bromeéis, camaradas!—dijo John—. ¡Los momentos no son los más a propósito para burlas!

—Hay que ser condescendiente, amigo—le replicó Harris—. Los jóvenes tenemos

necesidad de que se nos conceda un momento de buen humor.

—¿Habéis encontrado el paso? — preguntó en seguida a John.

—¡Caramba, qué prisa tienes!

—¡Muchal! ¡Deseo ver cuanto antes un rayo de sol!

—O de luna—dijo Jorge—, porque ya debe de ser noche.

—Yo ya he perdido la noción del tiempo—dijo John—. Pero ¿seguimos, o no?

—Estamos dispuestos a seguirte y, sobre todo, a vestirnos—dijo Harris—. ¡Qué fría está el agua del «Mar Muerto»!

—Por aquí debe de encontrarse el paso—añadió John levantando la lámpara, cuya luz seguía siendo bastante viva—. Es inútil que os vistáis ahora, porque tal vez haya que tomar un nuevo baño.

Se había vuelto para mirar a sus compañeros, proyectando ante ellos la luz de la lámpara, cuando dió un salto hacia la derecha, dejando caer el rifle, que todavía llevaba sujeto a la cabeza.

Un silbido muy agudo acompañó a aquel movimiento, seguido del golpe sordo que produjo la culata de la carabina al chocar contra la roca.

—¡John!—exclamó Harris—. ¿Qué haces?

—¡Que si no llego a volverme, alguno de nosotros está muerto a estas horas!

—¿Por quién?

—Por una serpiente de cascabel.

—¡Tú estás de bromal! ¿Reptiles aquí?

—¡Mira, incrédulo!

Harris, Jorge y *Nube Roja*, que había vuelto a cargarse en las espaldas a Minnehaha, se inclinaron hacia tierra, y vieron una serpiente de manchas negras y verdes ondulando violentamente en el suelo.

Agitaba la cola, produciendo sonidos extraños.

—¿Ves, Harris?

—¡Horror! ¡Un verdadero cascabel! ¿Cómo podía hallarse aquí?

—Esó te pregunto yo.

—Pues mira bien, no vaya a haber otras escondidas entre las rocas. ¡Prefería hallarme ante un oso gris!

—Y vosotros, agarrad las carabinas por los cañones para dar fuertes culatazos en caso necesario.

Registró John atentamente todas las grietas y fallas de las rocas, lanzando sobre ellas la luz de la lámpara, y así siguieron caminando, siempre con grandes precauciones, en tanto que el huracán redoblaba su furia.

Algún ciclón debía de estar desencadenándose sobre la pradera, uno de esos ciclones exclusivamente americanos, que arrasan en pocos minutos ciudades enteras y que lanzan al espacio hombres, animales y árboles.

Después de algunos minutos de camino, John recibió en plena cara una oleada de aire fresco y puro, que le hizo exclamar:

—¡Estamos ante el paso que nos llevará al exterior! ¡Camaradas, la salvación!

—¡No puede llegar más a tiempo! El «Mar Muerto» se desborda ya, y sus aguas suben con una rapidez que espanta.

—¡Ya no me importa! —dijo el *indian-agent*.

Y, alzando la lámpara, vió una abertura de forma irregular, pero lo bastante ancha para que por ella pasaran dos hombres de frente sin dificultad.

El ruido de los truenos entraba por allí, ensordecedor y continuo.

—¡Escapemos cuanto antes!—dijo Jorge, alzando la voz para dominar aquellos fragores—. ¡Estoy ya cansado de la mina y del «Mar Muerto»! ¡Yo he nacido para la pradera luminosa y verdeante, y no para vivir donde se esconden los topos!

—Acercaos todos a mí—ordenó John—. Y tú Harris, prepara una mecha, si no se ha mojado.

—La mía está seca—dijo Jorge—. ¿Debo encenderla?

—Todavía no. El grisú debe de estar sobre nosotros.

(Continuará en el próximo número).

# ANITA BUEN- CORAZON





# CUENTOS DE CALLEJA

Castillo

## ABRACADABRA



OS soldados volvían a sus casas terminado el tiempo de su servicio. Iban a pie carretera adelante, cuando uno dijo al otro:

—Canuto, tengo una idea. ¿Por qué en vez de marcharnos a casa no nos metemos a ne-

gociantes?

—No has pensado mal, Torcuato; pero con nuestros capitales, como no pongamos una tienda de pedir limosna, no sé qué es lo que podremos hacer.

—Verás; con el dinero que llevamos compraremos un cesto de naranjas, venderemos a cinco céntimos cada una y nos ganaremos buen dinero.

Como lo pensaron así lo hicieron; y en el pueblo próximo compraron un cesto de naranjas, empleando en ello todos sus ahorros, menos una perra chica, único dinero que les quedó. Para no cansarse convinieron en que cada media hora sería llevado el cesto por uno de ellos. Habían recorrido ya un buen trecho, cuando Torcuato dijo a Canuto, que era quien llevaba el cesto:

—Oye, yo tengo sed y además tengo una perrilla que es lo que nos ha sobrado. Véndeme una naranja, porque después de todo, lo mismo te da venderla a un extraño que a mí. El negocio no se perjudica.

Canuto no vió inconveniente y entregó a Torcuato una naranja a cambio de la perra consabida.

Al turno siguiente llevaba Torcuato el cesto y Canuto dijo

—Pues yo también tengo sed, de manera que me vendas otra naranja y yo te doy la perra.

Accedió el otro, y así la moneda fué de uno en otro y de otro en uno las naranjas, hasta que a las pocas horas quedaba el cesto vacío.

—¡Oye!—gritó Canuto—¿sabes que nos hemos quedado sin género que vender?

—Claro está—respondió Torcuato—, como que lo hemos vendido todo.

—Pues es el caso que no tenemos más que cinco céntimos.

—No puede ser, hombre; si hemos vendido a perra las naranjas y había treinta, tienes que tener treinta perras.

Pero es el caso que por más vueltas que le dieron, sólo pareció la perra chica, que había ido cambiando de mano.

Viéndose sin nada sentáronse en la cuneta del camino y allí se dieron a discurrir en el modo de ganar dinero. Y como dos hambrientos discurren más que cien abogados, al fin idearon lo siguiente: uno se habla de saltar los ojos y el otro le habla de servir de lazarillo, y de este modo pidiendo limosna de pueblo en pueblo, confiaban en obtener grandes beneficios. Echaron pajas y le tocó a Torcuato quedarse ciego, para lo

cual se frotó los ojos con una boñiga de vaca. Al principio todo fué bien; la gente, compadecida del pobre ciego, le daba muchas monedas y pedazos de pan; pero Canuto se cansó de aquella vida y abandonó a su compañero, llevándose de paso el zurrón con las limosnas. El pobre Torcuato, muy afligido, se encontró en medio de un bosque sin vista y sin comida, y tropezando aquí, cayendo allá, se fatigó de tal suerte, que se encaramó a un árbol para dormir libre de los dientes de las fieras, cuyos rugidos se oían por todas partes.

A poco acudieron un lobo, un león y un toro al pie del árbol, y entablaron la siguiente conversación:

—Compadre lobo; ¿qué novedades hay?

—preguntó el toro.

—Poca cosa, que vengo de un país donde todos son ciegos y un tuerto es el Rey. Y si supieran que con frotarse los ojos con las hojas del árbol que nos cobija recobrarían la vista figúrense ustedes cual sería su regocijo.

Torcuato, que oyó esto, cogió apresuradamente unas hojas, y en cuanto se frotó volvió a adquirir la vista, con gran sorpresa suya.

A todo esto el león preguntó al toro:

—Y usted, ¿qué cuenta de nuevo?

—Que en el país de donde vengo hay una sequía pertinaz y no saben que hiriendo el tronco de un árbol que hay en la plaza, saldría el agua a torrentes. Pero como no lo saben se fastidian. ¿Y usted qué dice de nuevo, señor león?

—Que en mi tierra está muriéndose la hija del Rey a causa de un grano muy rebelde que tiene en la nariz y nadie ha





podido curárselo. El caso es que su enfermedad depende de que ha dado en el feo vicio de meterse los dedos en la nariz y para curarla no hay que hacer más que meterle las narices en una funda que guarda un enano con una llave de plata en una caja de plomo escondida en una gruta donde vive, en la que sólo se puede entrar diciendo tres veces: ¡Abracadabral

—¿Y dónde está la gruta?—preguntó el lobo.

—En la montaña de las Precauciones; con que señores vámonos y hasta el año que viene que nos reuniremos aquí mismo tal día como hoy.

Marcháronse los animales y Torcuato bajó del árbol muy contento después de llenarse de aquellas hojas los bolsillos, y se puso en camino hacia el país de los ciegos, al que llegó al cabo de pocos días.

Una vez en él comenzó a pregonar que volvería la vista a todo el que le diera quince céntimos, y en el acto acudieron todos los habitantes, que como eran muchos, completaron a Torcuato una buena suma.

De allí pasó Torcuato al país donde reinaba la per tinaz sequía, y era tanta que la tierra quemaba en sus abrasadas entrañas las semillas, y éstas no podían brotar. Un hambre aterradora asolaba las ciudades y los pueblos cuando llegó Torcuato y ofreció combatir a quella terrible plaga. Los afligidos habitantes le ofrecieron cuanto pidió, y entonces Torcuato, provisto de un hacha, fué a la plaza pública y dió un golpe en un árbol corpulento que estaba situado en medio de todos. Al primer hachazo brotó del árbol una poderosa corriente de agua fresca y cristalina que comenzó a circular por los abrasados campos, repartiendo en ellos la vida y la fertilidad. Cargado de dinero, pasó Torcuato al país donde la Princesa parecía atormentada por su grano, y se ofreció a salvarle la vida. El Rey ofreció hacerle duque y primer ministro si cumplía su promesa, y entonces Torcuato preguntó por la montaña de las Precauciones. Dijéronle dónde estaba y allá se encaminó, descubriendo a poco la gruta del enano. Dijo tres veces ¡Abracadabral y se abrió la



puerta misteriosa; más apenas hubo entrado vió a un enano de cómico aspecto sentado sobre la caja de plomo que encerraba la funda mara villosa.

—¡Ya sé a lo que vienes!—dijo el enanillo—, pero no lo conseguirás si no me dices cómo has sabido la palabra mágica que hace abrirse mi gruta encantada.

Como Torcuato era incapaz de mentir, refirió al enano que oculto en un árbol había oído la conversación del lobo, el león y el toro. En

cuanto hubo terminado su relato, abrió el enano con la llave de plata la caja de plomo y sacó una funda de hierro que entregó a Torcuato, al que despidió con mucha cortesía. Volvió éste a Palacio, y apenas colocó la funda en las narices de la Princesa, quedó ésta curada de su grano y como si jamás hubiese estado enferma.

El Rey nombró duque y primer ministro a Torcuato, el cual demostró que no era torpe en el desempeño de su difícil cometido. Cierta día al salir de su palacio se encontró a un mendigo en el cual reconoció a Canuto, su antiguo compañero, y como tenía tan buenos sentimientos se le acercó y le dijo:

—¿No me conoces, Canuto?

Pero éste, que vió a aquel señorón tan magníficamente vestido y que iba rodeado de lujosa servidumbre, no lo reconoció.

—Señor—exclamó—, no tengo el honor de conocer a vuestra alteza.

—Pues mi alteza, amigo Canuto, es tu antiguo compañero Torcuato, al que abandonaste en un bosque. Ven conmigo y te contaré lo ocurrido.

Lo llevó, en efecto, a su palacio, donde le hizo obsequiar espléndidamente, y allí le refirió cómo desde el árbol de hojas maravillosas había oído sin querer la conversación del lobo, el león y el toro, y las demás cosas que quedan anotadas.

Canuto se llenó de envidia y después de aceptar el dinero con que le obsequió Torcuato, se puso en camino para el bosque y allí se encaramó en el árbol maravilloso. Aquella noche iban a reunirse de nuevo las fieras, y Canuto decía por lo bajo: «Pues si Torcuato ha llegado a duque, yo seré lo menos emperador.» Pero no contaba con la huésped y fué que apenas los tres animales se reunieron dijo el león:

—Señores, el año pasado, según me ha dicho el enano amigo mío que vive en la montaña de las Precauciones, cierto individuo nos ha estado oyendo desde las ramas de este árbol, de manera que vamos a ver si ha vuelto para aplicarle su merecido. Levantaron la vista y vieron al pobre Canuto todo temeroso gritando:

—¡Yo no he sido! ¡Fué Torcuato! A lo que repuso el león:

—Que haya sido o no Torcuato, en cuanto bajas, te mato.

El toro dió un feroz topetazo al árbol y éste comenzó a oscilar de tal manera, que el infeliz Canuto a poco viene al suelo. Pero, en fin, tanto gritó, lloró y suplicó, que los animales le dejaron abandonado, y a duras penas pudo volver a su tierra, donde se metió a zapatero remendón. Y decía cada vez que echaba medias suelas o repasaba unos tacones:

—De emperador altanero he quedado en zapatero.

FIN





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO







# COLORÍN y su PANDILLA





# ¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Dime, curiosísimo Chonón ¿de qué vamos a hablar hoy?

—De las tortugas de mar, amigo buho.

—Muy curioso y muy interesante el tema. ¿Cómo se te ha ocurrido así, tan de repente?

—Porque hace muy pocos días leí la noticia de que en una isla de Oceanía cuatro indígenas habían capturado en una sola noche ochenta y tres tortugas ¿Es posible?

—Perfectamente posible.

—Pues entonces comprenderás mi interés. Yo sé que las tortugas de mar son de tamaño extraordinariamente grande; muchísimo mayores que las tortugas terrestres.

—Y no te equivocas. Las hay que llegan a alcanzar casi dos metros y aún más, de longitud. Bajo el nombre de quelónidos se agrupan todas las especies de tortugas de mar, reptiles cuyo estudio presenta un vivo interés. Su origen se pierde en la noche del tiempo pues en todas las excavaciones de distintas épocas geológicas se han encontrado restos fósiles de estos animales y por cierto con formas casi iguales a los de los actuales.

—Creo recordar que en una de tus charlas me dijiste que la tierra durante millares de siglos estuvo poblada por reptiles.

—Cierto. Te hablé de los dinosaurios, ictiosauros, tortugas, serpientes, cocodrilos, etc. Las tortugas han estado siempre divididas en tres grupos. Tortugas terrestres, tortugas de río y tortugas de mar. Estos tres grupos descienden de las primitivas, que fueron tortugas de tierra. Pero a través de los siglos las especies descubrieron que las aguas dulces y las saladas les ofrecían grandes reservas de alimentos y, de generación en generación, se fueron transformando en animales acuáticos.

—¿Pero eso es posible, buho?

—Sí, querido Chonón. Ya sabes que la función crea el órgano y a fuerza de acostumbrar los órganos a la vida dentro del agua acaban por transformarse a la manera del medio ambiente. Por este principio, admitido científicamente, las patas de las tortugas se convirtieron en patas nataatorias y los dedos se transformaron en membranas. Sin embargo, las tortugas de mar no han olvidado del todo que la tierra seca existe, y aún conservan la curiosa costumbre de salir del agua para depositar sus huevos en la arena seca.

—Curiosísimo.

—Tanto, que es el único caso conocido en la creación. Las tortugas machos no salen jamás del agua, pero las hembras la abandonan cuando llega la época del desove. Llegado este tiempo las futuras madres esperan que llegue la noche, y, entre sus sombras, salen del mar y se dirigen al sitio que les parece más apropiado para establecer su nido. Siempre escogen lugares desiertos para

evitarse la molestia de vecinos inoportunos. Tienen un gran instinto para medir la parte de arena que cubren las aguas cuando está la marea alta, y precisamente en el extremo de este límite hacen un agujero de unos sesenta centímetros de profundidad donde depositan sus huevos.

—¿Ponen muchos de una vez?

—Varía mucho el número de ellos pues mientras en unos nidos se han hallado unos veinte, en otros han llegado a pasar de doscientos. Una vez puestos los huevos la tortuga los cubre de arena llenando todo el agujero y alisando cuidadosamente el lugar de la superficie para que nadie pueda sospechar que allí hay un nido. Durante el día la madre vuelve al agua y la noche la pasa junto a su nido. Al cabo de varias semanas los huevos se abren al impulso de los pequeñuelos y por ese misterioso instinto que anima a todos los seres de la creación los recién nacidos se abren paso a través de la arena, salen a la superficie y sin perder un segundo se dirigen al mar.

—¿Son comestibles los huevos de tortuga?

Lo son desde luego, y de gusto muy exquisito. Los indígenas los buscan mucho y se los comen crudos. También es comestible la carne de las tortugas. En cambio el caparazón no es aprovechable, salvo el de una especie de tortuga de alta mar, que se utiliza para la fabricación de peines y otros objetos.

—De carey.

—Exactamente, Chononcito. Así se llama la concha que cubre a esas tortugas. Estos animales habitan en todos los mares cálidos del globo, pero principalmente en las Antillas y en la América Central a cuyas playas acuden a depositar los huevos.

Para el aprovechamiento del carey utilizan los indígenas un procedimiento que aun cuando a simple vista parece cruel no proporciona casi sufrimiento a las tortugas. Consiste éste en inmovilizar al animal por medio de cuerdas, y colocarle carbones encendidos sobre la espalda, con lo cual y bajo la acción del calor, la película que une el caparazón al cuerpo se levanta, y con la ayuda de un cuchillo de madera de larga y delgada hoja se acaba de separar la tortuga de su concha.

—¿Y dices que no hay sufrimiento para el animal?

—Casi ninguno.

—Pero esos carbones encendidos...

—No le producen impresión porque el caparazón es insensible. Si la operación se hace con buen cuidado, resulta inofensiva para la tortuga, la cual, tan pronto se ve libre se vuelve rápidamente al mar donde con el tiempo se verá otra vez rodeada y protegida por otro caparazón nuevo. De esta forma no se extingue una especie de quelónidos que tanta utilidad económica reporta a la industria del carey.



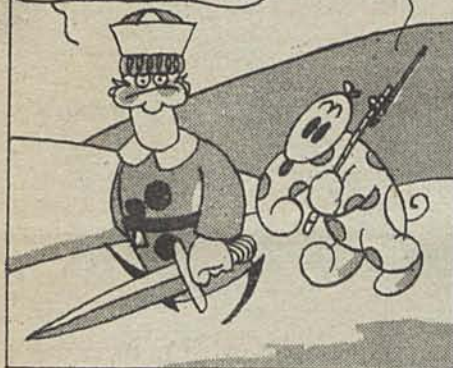


# CON CHUFITA Y PERICUELO SE PASA LA VIDA AL PELO



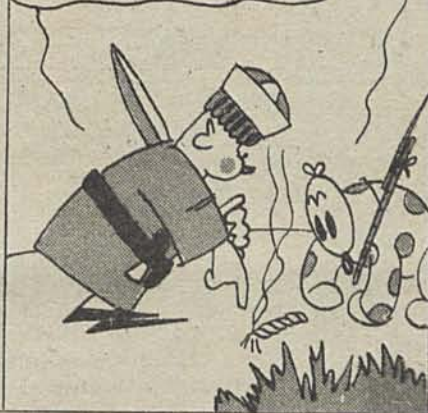
OYE, PERICUELO; LLEVAMOS YA NUEVE DIAS CON NUEVE NOCHES SIN PARAR DE ANDAR Y ESE OGRU CUCALÓN NO APARECE POR NINGUNA PARTE

¡LO ENCONTRAREMOS AUNQUE SE HAYA ESCONDIDO EN EL CENTRO DE LA TIERRA!



¿VES, CHUFITA? YA TENEMOS UN RASTRO ¿ESE CABO DE SOGA QUE ARDE?

ESE. ¿NO VES QUE CUCALÓN FUMA SOGAS DE ESPARTO?

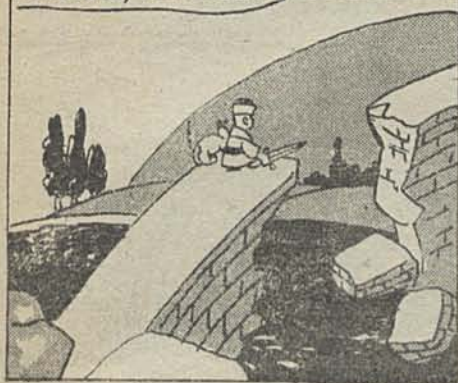


A POCOS PASOS DE ALLÍ ENCONTRARON UNA CASA HORROROSAMENTE TRASPASADA POR UN CUCHILLO. NO CABÍA DUDA DE QUE ALLÍ HABIA ESTADO CUCALÓN

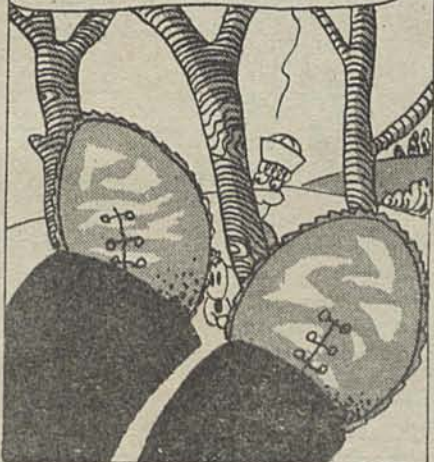


¡UN PUENTE ROTO! ¿VES CHUFITA? ESTO HA SIDO UN PISOTÓN DE CUCALÓN

¡VALIENTE BÁRBARO! ¿QUÉ SERÍA DE NOSOTROS SI NOS PILLASE DEBAJO DE SUS ZAPATONES. SE ME PONE EL RABO DE PUNTA, SOLO DE PENSARLO, PERICUELO



¡SILENCIO, CHUFITA! AHÍ ESTÁ DURMIENDO EL OGRU. ESTA ES LA NUESTRA. NO HAGAS RUIDO QUE NO SE DESPIERTE



LO VOY A DEJAR SECO DE UN PISTOLETAZO

AFINA BIEN LA PUNTERÍA QUE SI NO ESTAMOS PERDIDOS.



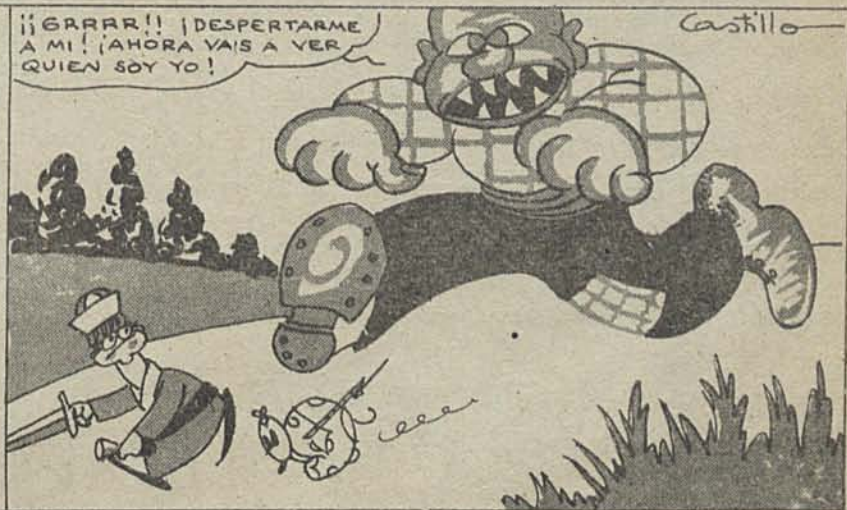
¡ATIZA! EN VEZ DEL PISTOLÓN ME HE TRAIIDO UNA BOCINA

¡SÁLVASE EL QUE PUEDA!



¡¡GRRR!! ¡DESPERTARME A MI! ¡AHORA VAIS A VER QUIEN SOY YO!

Castillo



PARA  
PASAR  
EL RATO



## CASA DE FIERAS



Cuando una persona tiene mucha edad, los maleducados suelen decir despectivamente:

—¡Es un loro!

Eso no se debe decir nunca.

Sin embargo, al ver este dibujo, que representa un viejecito, no habría más remedio que decir la indicada frase:

—¡Es un loro!

Si queréis saber la causa, no tenéis nada más que dar la vuelta al dibujo.....

¡Hasta otro día!...

Con objeto de no tener que salir de casa, ahora en el invierno, la época de la nieve y las heladas, vamos a formarnos una casa de fieras casera, que si no tan real como la verdadera, al menos se dará un airecito.

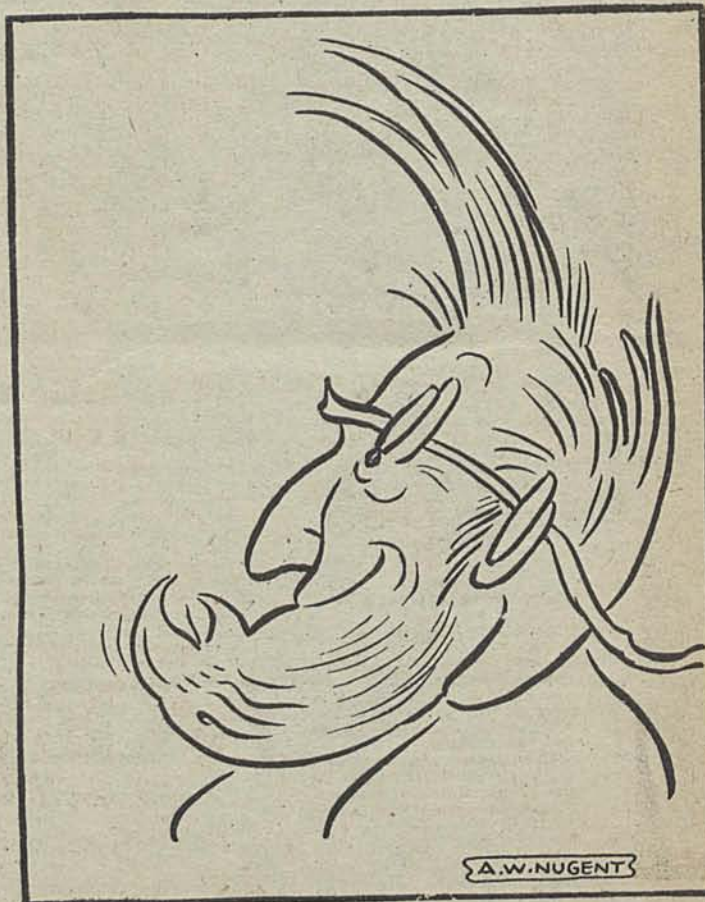
Os damos aquí, como aperitivo, dos animales completamente inofensivos.

Una cabra y una cebra.

Conforme os vayais acostumbrando a su trato, os iremos dando animales más terroríficos.

Pegarlos en un cartón, después de recortarlos, doblarlos por el centro y tendréis los dos animalitos, casi, vivitos y coleando.

## EL VIEJO



# COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un capitán  
Carlos Rolandt



¿Os gustará?  
Claudio Rodríguez



Cara  
María Martínez



Una niña  
Carmen Zofio



Adivino y Trespelos  
A. Carmona



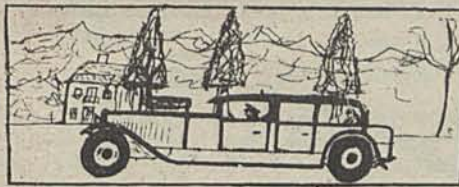
Colorín  
Lucas Lizaur



Modernista  
Teresita H.



El buho  
Virginia Murillo



Viajando  
Paquito Ariza



Currinche  
Soledad Azpeltia.



Mi hermanito  
C. Salvador



Un oficial de la Cruz Roja  
Juan Ruiz

**Gratuitamente a los jóvenes**

Escriba hoy mismo á nuestro representante, quien tendrá sumo gusto en mandarle gratuitamente este precioso librito, con tal que le envíe las señas de tres de sus camaradas.

El librito contiene una profusión de ilustraciones de las espléndidas construcciones de Ingeniería, que pueden montarse con Meccano.

INSISTA QUE SU EQUIPO LLEVE LA MARCA MECCANO

**628 Modelos funcionando todos, construidos con un Equipo Meccano No. 2**

¿ Quien pudiera tener tantos juguetes como el Meccaninfo? Es un verdadero ingeniero—su cuarto de recreo es un taller de Ingeniería. Cuando desea una Carretilla, Grúa, Puente, Auto ó Locomotora, las construye con las Tiras, Poleas, Viguetas y demás piezas contenidas en su Equipo Meccano. Puede montar todos cuantos modelos desee, pues no tiene límite la posibilidad de Meccano.

Meccano es la verdadera Ingeniería en miniatura, pues todas las piezas del sistema son miniatura de las que utilizan los verdaderos ingenieros. Todas ellas son de norma é intercambiables, permitiendo emplear las mismas piezas para la construcción de centenares de diferentes modelos pudiendo funcionar todos ellos.

Cercioraos de que le obsequial con un verdadero Equipo Meccano en estas próximas fiestas.

**MECCANO**

Agente para España y Portugal:  
**JOSE PALOUZIE SERRA (Sección 15) Industria 226 BARGELONA**

FABRICADO POR MECCANO LIMITED LIVERPOOL, INGLATERRA

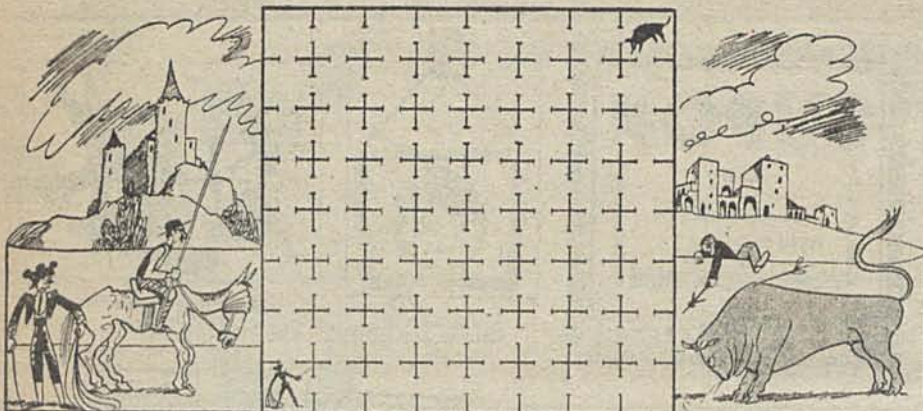
**Equipos desde**  
Ptas. 12.-  
hasta  
Ptas. 1590.-  
en los  
principales  
Bazares y  
Librerías

# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

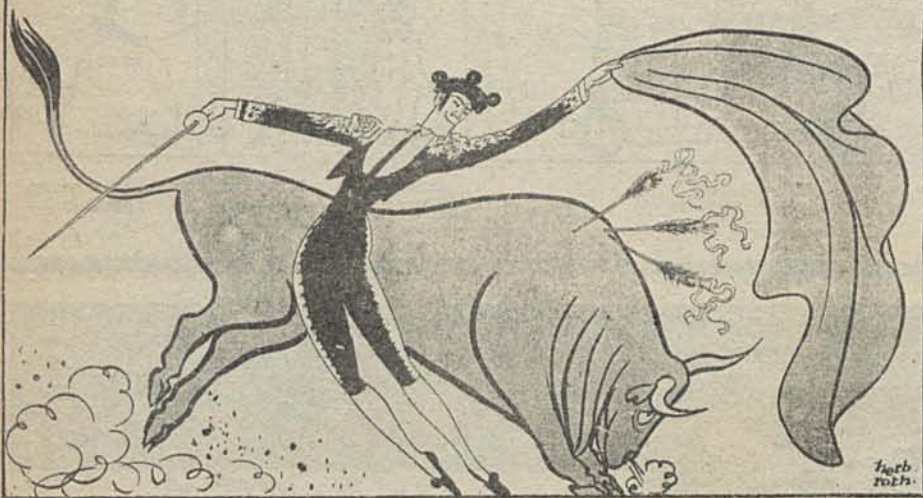
### EL TORERO Y EL TORO



Trazando el menor número de líneas rectas, hay que indicar el camino que va desde el torero hasta el toro, pero teniendo en cuenta que este camino ha de recorrer absolutamente todos los cuadros.

Sin dejar uno.

¡Mano al lápiz, pinochistas!

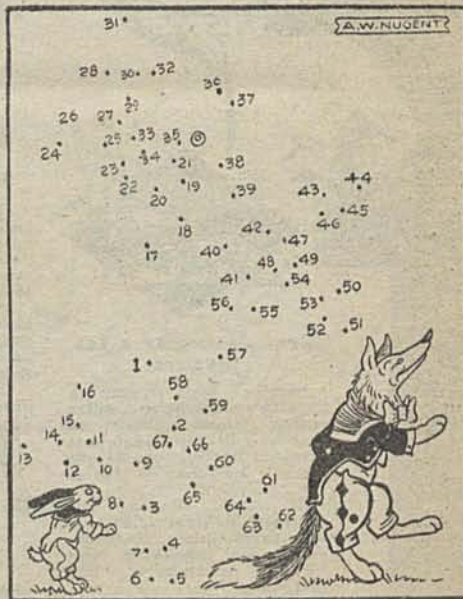


### LOS TRES PERROS



Tres perros están escondidos en este bosque. ¿Sabréis decir vosotros dónde están?

### EL ANIMAL PERCHA



Uniendo los números con líneas, por el orden correspondiente, sabréis de qué animal se trata.

# Concurso de problemas y pasatiempos del mes de Julio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Isabel de Brunet.

Segundo premio.—María de la Portilla.

Tercer premio.—Francisco Mayán.

Cuarto premio.—Escuela de S. García.

Quinto premio.—César Somoza.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Luisita Rodríguez, El del lápiz azul, José Antonio Achalandabaso, Fernando Espino, Emilio Meneses, Miguel Garriga, Antonio Ríero, Joaquín Lucoba, Carmen Allí, Alfredo Martínez y Pilar de Rojas.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con **accésit** deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

# Premios a la colaboración pinochista del mes de Julio

Premios consistentes en libros de preciosos «CUENTOS de CALLEJA»

Primer premio.—Germán González.

Segundo premio.—Manuel Castro.

Tercer premio.—Blanco Orcazarán.

Cuarto premio.—Encarnación de la Fuente.

Quinto premio.—Fortunatito de Mateo.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del pinochista diplomado:

Heberto Rubio, T. Portabella, Paco Díaz, Juanito de la Serna, C. Español, H. Rovira, Ricardo Purimotis, Un desconocido, Carmen Arriola, Juanita S., Alejandro Moran, María Jesús Mayúa, Paquito Marín, F. Martí Abad, Tito Ponte, María R. A. y del Campo, Maruja García, Carlos Bello, Amparo Linares, Alfonso Soto, Alfredo Ufano, Aurorita Castro y Lolita Arenas.



## CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



**RAMIRO GARCÍA.**—Tus dos estupendísimos dibujos se publicarán en seguida que sea posible. Así como así son dos soberbias obras de arte. Mi más entusiasta enhorabuena y un abrazo.

**FRANCISCO MAYÁN.**—Me sabe muy mal que dudes un momento siquiera de mi afecto hacia ti. Si no se han publicado tus dibujos será porque no les habrá llegado aún su turno. Y solamente por esta causa. Pero no debes esperar la publicación de unos trabajos para enviarme otros; sino mandarme dibujos con frecuencia y así los verás publicados con frecuencia también. Tuyo incondicional.

**JOSÉ MARÍA ORTIZ.**—Los tres lindos dibujos de sus tres artistas alumnos entran en turno para su publicación. Un aplauso para esos pequeños, que tan magistralmente manejan el lápiz. Mándeme cuantos dibujos guste, que será una satisfacción para su incondicional y gran amigo.

**CAMÓS, BARCELONA.**—Yo siento mucho, muchísimo, que no hayas acertado la solución del problema de Las Islas y que por tal motivo lo hayas considerado irresoluble. No hay tal, querido Camós. La solución es sencillísima, pero no puedo decirte cuál es, hasta que no llegue la fecha de publicarla en mi revista. Si entre tanto tú das con ella (que yo creo que sí darás), te convencerás tú mismo de que estás equivocado al juzgarlo irresoluble. Abrazos.

**MARÍA TERESA CALLEJO.**—¿Cuándo me veré libre de tener que advertir a mis queridos pinochistas que los dibujos hechos a lápiz no pueden publicarse porque no se pueden reproducir? Ya ves si es lástima grande que un osito tan lindo como el que me envías, no pueda aparecer en las columnas de mi revista. El remedio es bien fácil, simpática María Teresa; consiste simplemente en hacer los dibujos con tinta, y en paz. Tu gran amigo.

**PILAR DE ROJAS.**—No puedo darte noticia exacta de tus dibujos, porque es punto menos que imposible repasar la gran pirámide de trabajos que esperan turno, para aparecer en las columnas de mi revista. Pero no tengas la menor duda de que si me los has enviado, se publicarán a su tiempo. Ya habrás visto a Currinche y Don Turo tan pimpantes como siempre. Tuyo incondicional.

*Pinocho*

# SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

## EL CORDERO MARAVILLOSO

(Cuento de Navidad)



Betina no era una Pirulinda, porque en la época en que vivía, que era la de los cuentos, de esto hace muchos siglos, aún no había sido fabricada esta vuestra siempre segura servidora que vuestras manitas estrecha... entre las suyas de cartón.

Pero si no era una Pirulinda, lo parecía y merecía serlo, por lo bonita, por lo buena y por lo trabajadora.

No os vayáis a figurar que los trabajos que realizaba Betina consistían como los vuestros en asistir a clase, estudiar lecciones interesantes, y hacer lindas y divertidas labores.

No; eran bastante más fatigosos y molestos; Betina tenía que barrer los suelos, fregar cacharros, guisar, lavar ropa, zurcir, planchar, y cuidar de tres niños pequeños que no siempre eran buenos.

Porque Betina era pobre, muy pobre y vivía en una miserable choza con su padre a quien le servía de ama de casa y con sus hermanitos para quienes sustituía a la madre que habían perdido, si es que una nena de doce años puede sustituir a una mamá.

Sin embargo, Betina no era desgraciada; trabajaba tanto que no le quedaba tiempo para aburrirse y esta es la mejor manera para ser feliz.

Y su padre, Bonifacio, ¡era tan bueno! ¡Y tan monos sus hermanitos! Además tenía a Blanquito.

Blanquito era un cordero; era la única fortuna de Bonifacio, el entretenimiento favorito de los pequeños que se divertían peinándole la lana, poniéndole laticos y tirándole de las orejas para oírle decir «Beeee», y el mejor amigo y compañero de Betina.

Lo único malo de la familia (comprendiendo en la familia al simpático Blanquito) era el hermano de Bonifacio, un viejo solterón, avaro, duro y egoísta que se llamaba Tacañote. Por suerte para todos, Tacañote no vivía en la choza, sino en otra casa, por cierto bastante hermosa, pues a fuerza de avaricia, había llegado casi a enriquecerse.

En cambio, en la choza de Bonifacio la miseria iba en aumento y llegó un día en que Betina notó con espanto que no tenía ni dinero para comprar la cena.

Y aquel día era precisamente un veinticuatro de Diciembre.

¡Triste Nochebuena para los niños que lloraban pidiendo pan! ¡Triste Nochebuena para el padre que lloraba porque no se lo podía dar!

Entonces, Bonifacio se decidió a ir a ver a su hermano y le suplicó que le diera algún dinero; pero el avaro le echó con cajas destempladas:

—No soy yo el encargado de alimentar a tus chicos—le gritó—y le cerró la puerta en las narices.

Al regresar triste y cabizbajo, Bonifacio pasó cerca de un estanque y se le ocurrió que más valía acabar de una vez con tantas penas.

Pero al ir a arrojar al agua, vió salir de ella una dama tan bella que no podía ser ni una simple mortal, ni aún un hada de cuento; como que era la Virgen María en persona.

—¡Detente desdichado!—le dijo con severidad—¿vas a cometer el peor de los pecados en el día del nacimiento de mi hijo?

—¡Es que los míos se mueren de hambre!—sollozó Bonifacio.

—¿Y es este el medio que eliges para darles de comer?

—¡Señora, no tengo otro!

—Yo te lo daré; hoy es día de milagros. Vuelve a tu casa y mata al cordero Blanquito; en lo coméis luego, dejando a un lado las cuatro patas. Por mi voluntad, cada una se convertirá en un talismán que realizará un deseo tuyo. Bastará con que al expresarlo, arrojes una pata por la ventana.

Y la celeste visión desapareció dejando a Bonifacio estupefacto.

Cuando el buen hombre volvió a su casa, los tres niños

dormían y debían de cenar en sueños pues sus rostros sonreían. Betina los velaba y ella, en cambio, tenía los ojos llenos de lágrimas; cuando supo que su padre se disponía a matar a Blanquito ¡qué desesperación la suya! Pero al saber de quién provenía esta orden, se resignó. Y tan pronto como Bonifacio hubo dado muerte al cordero, cuidando, por supuesto, de no hacerle sufrir, fué la propia Betina quien, ahogando sus sollozos, lo guisó.

Al ruido de los cacharros—ruido inaudito en la miserable casa despertaron los niños y al encontrarse con aquel festín, poco faltó para que trabasen conocimiento con una bruja de cuya existencia no tenían ni idea: la bruja indigestión.

Y llegó el momento de utilizar los talismanes. ¿Qué pedir?

—¡Para mí, un uniforme de húsar de la guardia con sable y todo!—gritó el mayor de los tres chicos.

—¡Yo quiero un balón muy grande!—gritó el segundo.

El tercero se disponía a pedir un aro, o una caja de soldados de plomo, o un pastel de crema; pero la prudente Betina les impuso silencio; no se podía desperdiciar a tontas y a locas los dones de Nuestra Señora.

Y después de mucho pensarlo, Bonifacio tiró una de las patas por la ventana, diciendo:

Lo que dijo no lo sabremos hasta el año que viene; pero no es mucho esperar: total, ocho días.



GALLINOS  
30

PRINTED IN SPAIN

Ayuntamiento de Madrid